

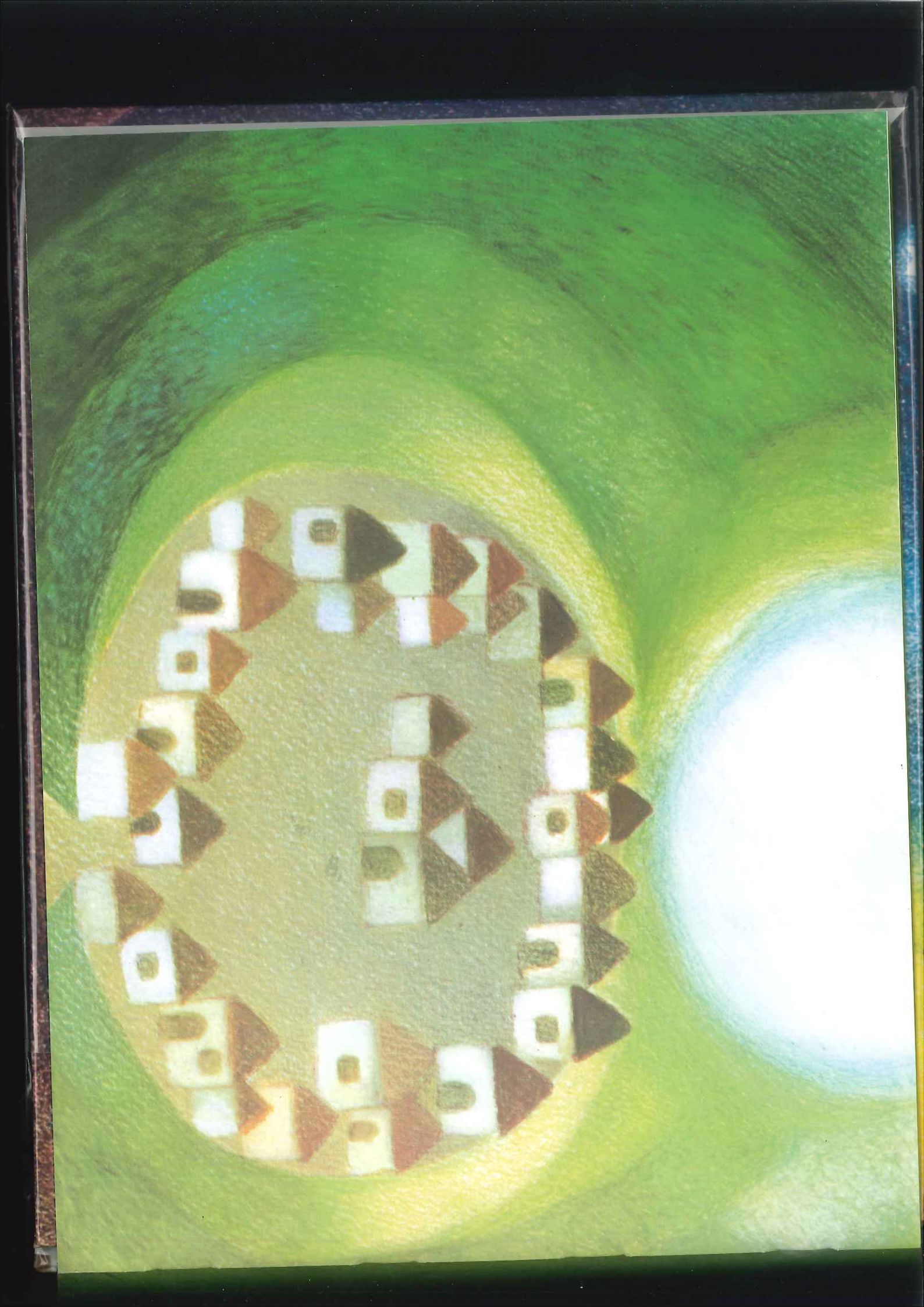
YACI

y su muñeca



833
ZEN
yac

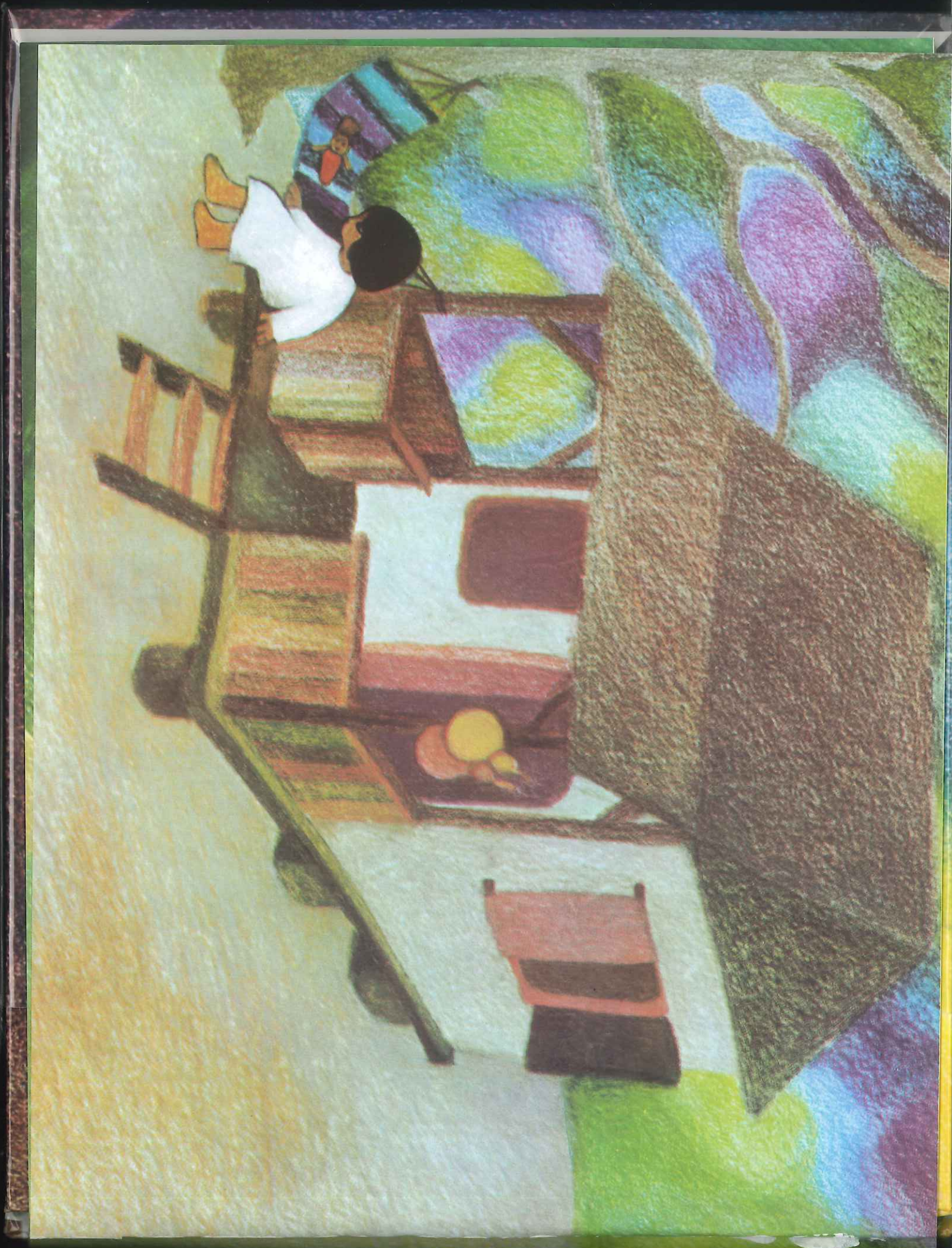
JUVENTUD





Yaci vivía con sus padres
en un poblado llamado Caximbo,
dentro de la Gran Selva brasileña.

Yaci tenía una muñeca
que no era igual a las demás
porque se la había hecho ella misma
con una mazorca de maíz,
vestida con las hojas de la misma planta
que ya estaban algo amarillentas.
La muñeca se llamaba Curumín.
Yaci la quería tanto,
que no la dejaba un momento.





Yaci jugaba mucho
con Curumín.
La bañaba, la vestía,
la mecía en su hamaca
y siempre la tenía en brazos.
Su madre la llamaba
para que le ayudase
en las tareas de la casa.
—¡Yaci! ¡Yaci!
¡Ven a ayudarme
a barrer
y a ordenar la casa!
Pero Yaci
estaba tan distraída
jugando con su muñeca,
que ni la oía.





Un día,
después de llamarla varias veces,
la madre de Yaci se enfadó y le dijo:
—Si sigues siendo
tan desobediente
voy a quitarte esa muñeca.
Sólo lo decía para que la obedeciese,
pero Yaci se asustó
y decidió esconder a su Curumín.
Con su muñeca en brazos,
se fue hacia la orilla del río,
en donde se bañaba todas las mañanas.





Allí encontró a su amiga la tortuga,
que le preguntó:

—¿Qué buscas por aquí, Yaci?

—Un sitio para esconder mi muñeca.

—Eso es fácil —dijo la tortuga—;
haz como yo:

escarbo en la arena
y escondo mis huevos.

Yaci cavó con sus manitas
un agujero igual al que

veía hacer a su amiga la tortuga
y dejó su muñeca

bajo la arena caliente.

La arena cubría hasta los hombros
a Curumín

como una sábana.

La niña disimuló el lugar
cubriéndolo de hojas.


—No te preocupes

—dijo la tortuga—,

al mismo tiempo que vigilo mis huevos
vigilaré también tu muñeca.

Y Yaci regresó a su casa.

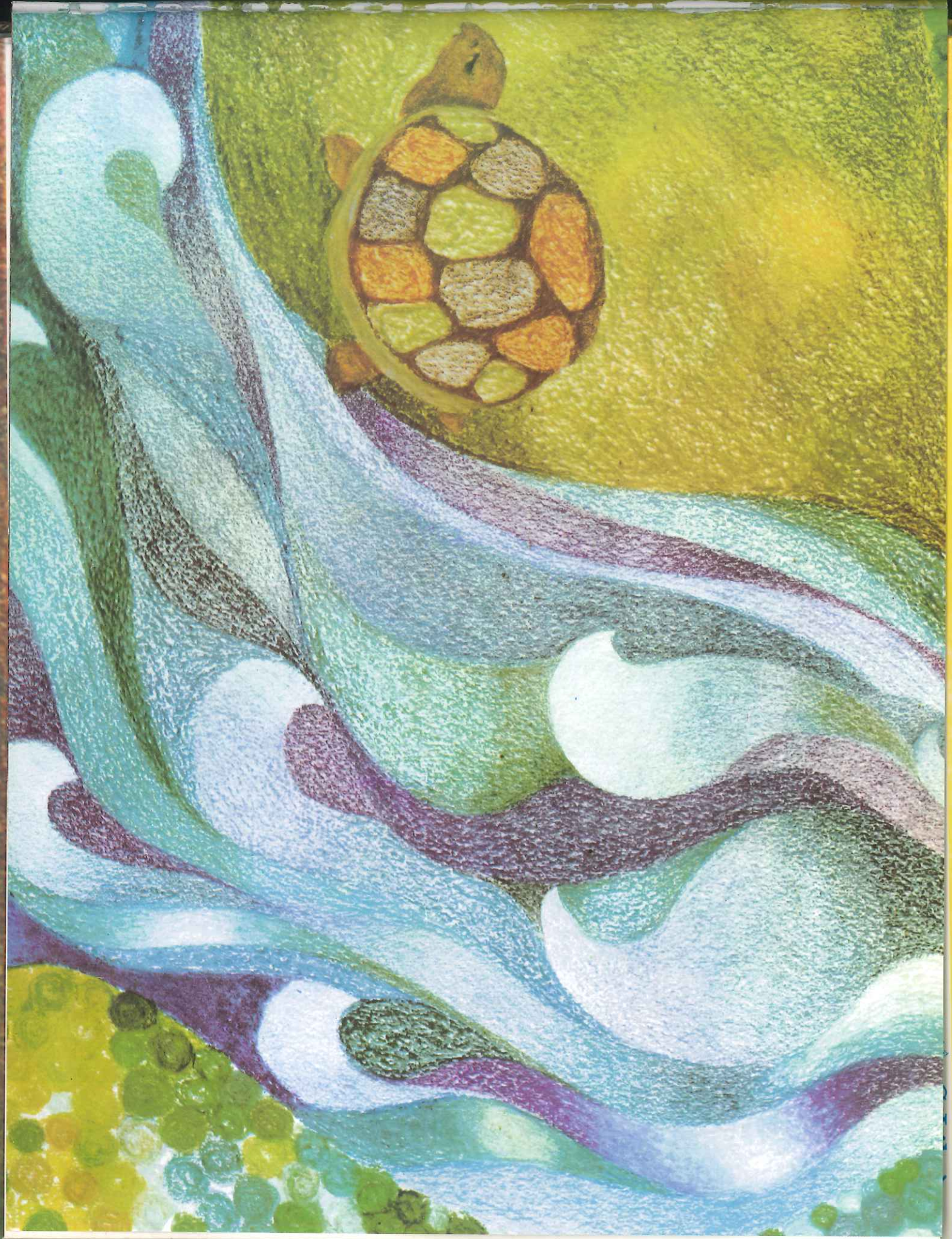


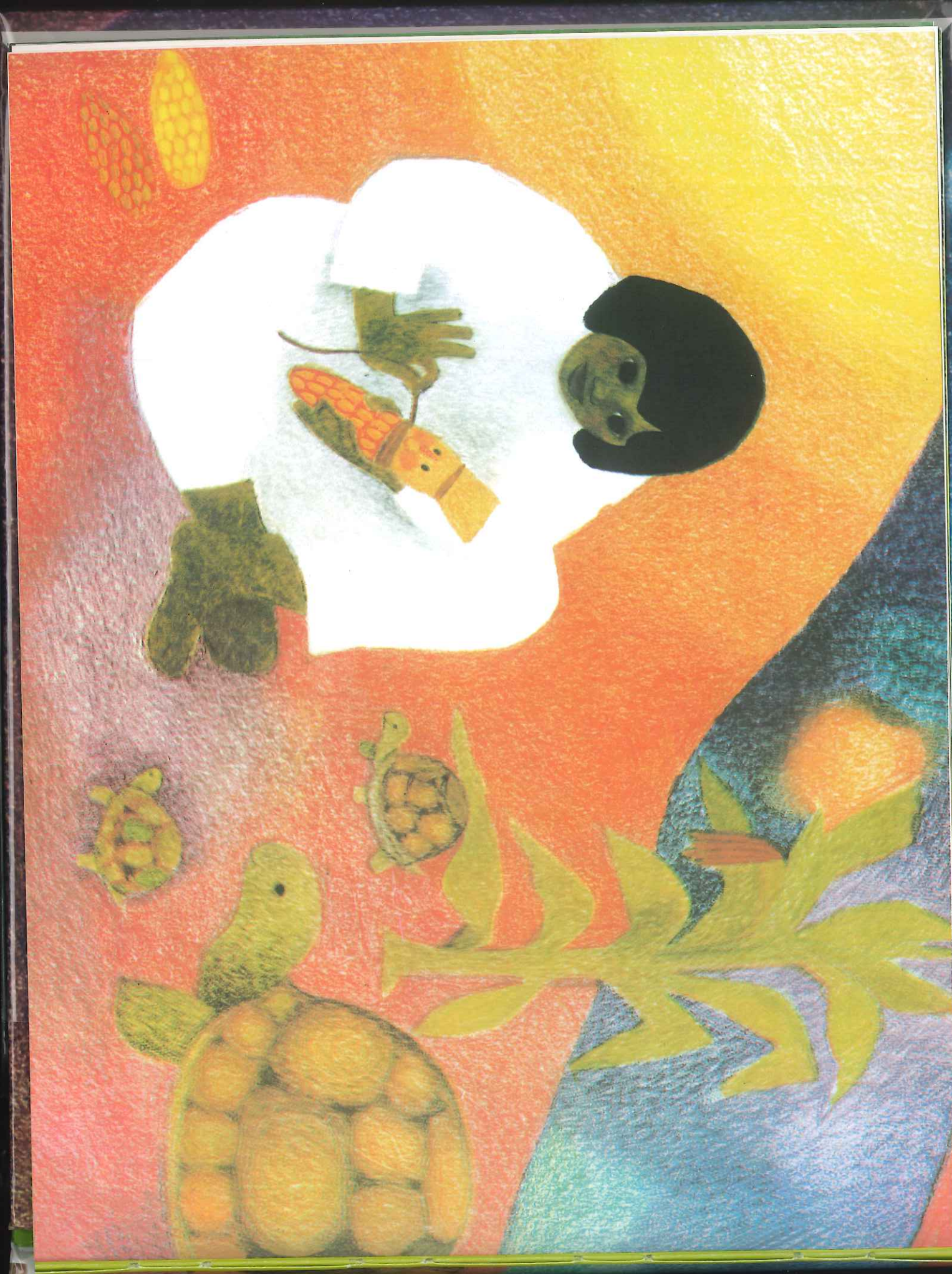


Las grandes lluvias
habían llegado.
Llovía sin cesar.
Pasó bastante tiempo
antes de que
Yaci pudiera salir
a buscar a su muñeca.

Por fin Yaci pudo ir en busca
de su Curumín.
Pero había llovido tanto, tanto,
la corriente llevaba tanta agua,
tanta, que la orilla del río no parecía la misma
y Yaci no podía recordar
dónde había puesto su muñeca.
Buscó a la tortuga,
y por fin la encontró.
Tenía varias tortuguitas pequeñas
y debía enseñarles a nadar.
La tortuga acompañó a Yaci al lugar
donde había escondido a la muñeca,
pero allí no había más que dos hojitas
que subían del suelo como
si fuesen dos manos verdes.
Yaci se arrodilló para mirarlas.
Estaba a punto de llorar;
y la tortuga le dijo:
—No llores, Yaci.
Estas hojas son tu Curumín. Crecerán
y se convertirán en una planta
muy alta. Darán muchas mazorcas de maíz.
Ven a buscarlas en verano.
Encontrarás aquí a tu muñeca.









Llegó el verano,
y Yaci volvió
a la orilla del río.

Allí donde había
escondido a su Curumín
encontró una hermosa planta
con muchas mazorcas de maíz.

Tomó una, la vistió
con las hojas
y se hizo una muñeca que era igual
que su Curumín.

Con las mazorcas
que quedaron,
la mamá de Yaci
preparó muchas veces
ricas tortitas de maíz.